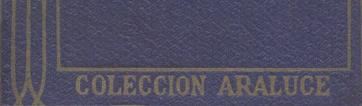
BISGORIAS DE : HERDER!



LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

El censor,

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulentes Premiada en la Exposición de Leipzig

Barcelona 4 de enero de 1926

IMPRIMASE

Iosé, Obispo Coadiutor

HISTORIAS as Su Paramandar de Su Paramandar de Obtspo mi Schor

Canc. Serio.



NIHIL OBSTAT

El censor,

Dr. Joaquin Sendra, Cango.

Barcelona 4 de enero de 1926

IMPRÍMASE

José, Obispo Coadjutor

Por mandato de Su Excia. Ilma. el Obispo mi Señor

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena Canc. Serio.

HISTORIAS DE JUAN GODOFREDO DE HERDER

ADAPTADAS PARA LOS NIÑOS POR LEONARDO PANIZO

CON ILUSTRACIONES DE A L B E R T

29.181



CASA EDITORIAL ARALUCE CALLE DE LAS CORTES, 592 : BARCELONA

HISTORIAS DE IUAN GODOFREDO DE HERDER DE R

ABAPTADAS PARA LOS NIÑOS POR LEONARDO PANIZO

CON ILUSTRACIONES DE

ALBERT

S PROPIEDAD DEL EDITOR



CASA EDITORIAL ARALUCE CALLEDE LAS CORTES, 892: BARCELONA

INDICE

				Págs.
PRÓLOGO				VII
LA ISLA DESIERTA				
LAS CUATRO BOLAS DE ORO				-
LA REINA DE LAS MONTAÑAS				
LOS ANIMALES AGRADECIDOS				
EL PASTORCILLO				
ALADÍN				89

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El mono le llevó a su guarida	F	rontis
		Págs.
ciñeron su frente con la corona		17
El hombre que estaba sentado era el mago.		29
vimos ante nosotros a la reina del castillo		52
El mono le tomó en sus brazos,		68
que estaba ojo avizor sobre su amigo		74
fueron los tesoros que se ofrecieron		86
aquí está quién ha encontrado el dinero.		96
acompañándose, cantó unas estrofas		112

PRÓLOGO

Estos cuentecitos, queridos niños, que os presentamos, son una imitación de los cuentos orientales. Como todos los de la misma índole, encierran muy hermosas enseñanzas. Su autor, el escritor alemán Juan Godofredo de Herder, es el clásico que más ha legado a su patria para inmortalizarla en su nombre.

Hijo de un maestro de escuela, nació en Mohrungen, pequeña ciudad de la Prusia oriental, en 25 de agosto de 1744.

Habiendo hecho un viaje a Estrasburgo conoció personalmente a Goethe, y tan sólida fué la amistad que en adelante les unió, que no parece sino que la Providencia les hacía marchar de común acuerdo para ensalzar a la tierra en que nacieron.

Herder desempeñó en su patria varios cargos importantes como recompensa a su mucho saber y recibió cartas de nobleza para sí y sus descendientes.

El 18 de diciembre de 1803 murió dejando un vacío muy difícil de llenar, después

de producir grandiosas obras.

Es necesario sacar el mayor provecho de las enseñanzas dadas por los grandes hombres. Así perpetuaremos su memoria, y por esto, niños, no desperdiciéis las que de este librito se desprenden, puesto que son de un gran valor moral.

Hijo de un maestro de escuela, nació en Mohrungen, pequeña ciadad de la Prusia oriental, en 25 de agosto de 1744.

Habiendo hecho un viaje a Estrasburgo conoció personalmente a Goethe, y tan sólida fué la amistad que en adelante les unió, que alcanzar la orilla de una isla. Sin víveres, sin vestidos, sin auxilios de niaguna clase, penetró en el interior del país quejándose amargamente de su infortunio. Poco después divisó a lo lejos una gran ciudad, de la que salió una multitud del habitantes que corrían a su encuentro lanzando gritos de alegría:

...LAb ISLA DESIERTA de La

Luego le hicieron sentarse sobre un magbelin hombre ricol y bienhechor queriendo hacer feliz a uno de sus esclavos le puso en libertad y de regaló un barco, abarrotado de valiosas mercaderías, amediade una estrar al oup Marchate le dijo opor el mundo y saca provecho de estos géneros. Toda la ganancia bre de todo el pueblo le juraron it araque aras El esclavo partió; pero a poco tiempo de navegar se levantó una violenta tempestad que arrojó su barco contra unas rocas, perdiéndose la nave. Todos sus compañeros de viaje desaparecieron junto con el cargamento, y el esclavo liberado, a duras penas pudo alcanzar la orilla de una isla. Sin víveres, sin vestidos, sin auxilios de ninguna clase, penetró en el interior del país quejándose amargamente de su infortunio. Poco después divisó a lo lejos una gran ciudad, de la que salió una multitud de habitantes que corrían a su encuentro lanzando gritos de alegría:

-Salud a nuestro rey-le decían.

Luego le hicieron sentarse sobre un magnífico carro triunfal y le llevaron a la ciudad. Entró en el palacio real donde le revistieron con un manto de púrpura, le colocaron en la frente una diadema y le sentaron sobre un trono de oro. Los grandes de la corte que le rodeaban, doblaron la rodilla, y en nombre de todo el pueblo le juraron fidelidad.

El nuevo rey en seguida pensó que toda aquella ceremonia no era más que un sueño agradable, hasta que la duración de aquella dicha no le permitió dudar por más tiempo de la realidad de tan singular aventura.

-Yo no concibo-decíase-qué encanto

verdaderamente mágico ha hecho que este pueblo, asombrado, haya escogido para rey suyo a un extranjero enteramente desnudo. Ignorarán por completo quién soy yo. Sin enterarse siquiera de dónde vengo me colocan en su trono. ¡ Qué extrañas costumbres hay en este país!

Haciéndose estas reflexiones picóle la curiosidad por conocer la causa de su proclamación y se decidió a pedir la explicación del enigma a uno de los grandes magnates que le rodeaban, el que le pareció el más sabio.

- —Visir—le preguntó—, ¿por qué me habéis hecho vuestro rey? ¿Cómo pudisteis saber mi llegada a vuestra isla? ¿Cuál será mi suerte futura?
- —Señor—respondió el visir—, esta isla se llama la Tierra de Ensayos y está habitada por seres de una naturaleza extraña. Estos seres vienen suplicando desde hace muchotiempo al Todopoderoso que les envíe cada

año un hijo de Adán para que les gobierne. El Todopoderoso accede a tal súplica y todos los años en el mismo día hace que llegue un hombre a esta isla. Los habitantes, como va has visto, salen a su encuentro, le reciben con alegría y le proclaman rev : este reinado. sin embargo, no dura más que un año. Al cabo de este tiempo, es depuesto en el día fijado. Se le desposee de todos los atributos reales y se le viste con una tela vulgar. Sus esclavos le llevan por fuerza a la orilla del mar y le ponen en un barco construido ex profeso que le lleva a otra isla desierta cuando no ha empleado sabiamente el año es condenado a pasar una vida triste y dolorosa en ese país desolado, sin súbditos y sin amigos que lloren su infortunio. Cuando ha sido destronado el antiguo rev el pueblo sale a recibir al que la Divina Providencia le envía bada año, y es acogido con la misma alegría que el anterior Tal es, señor, la eterna lev de este país y ningún rey sabría abolirla durante su reinado al nor Entonces - replicó el reventambién mis predecesores han side informados de la corta duración de su soberanía de v serosecente Ninguno de ellos respondió el visirha ignorado esta fatal lev. Pero unos se han dejado alucinar por el brillo que rodeaba a su trono y han olvidado el porvenir funesto malgastando el tiempo sin aprovecharlo para la sabiduría. Otros, embriagados por la dul zura de su vida regalada no han tenido la voluntad suficiente para pensar en el fin de su reinado y en su futura estancia en la isla desierta, por no querer envenenar sus goces del momento, y como hacen las gentes ebrias, siempre han ido vacilantes. Y así han pasado de un placer a otro, hasta que expirado su reinado han sido arrojados al barco. Llegado el día fatal todos se quejan y deploran su ceguedad; pero es demasiado tarde y sin misericordia son abandonados a la desgracia que les aguardaba y que no tuvieron la prudencia de prever.

El relato del visir llenó al rey de espanto temiendo sufrir la misma suerte que sus antecesores y deseaba librarse de ella.

El rey veía horrorizado que ya habían pasado varias semanas de aquel año y que necesitaba darse prisa en aprovechar mejor los días que le quedaban de su reinado.

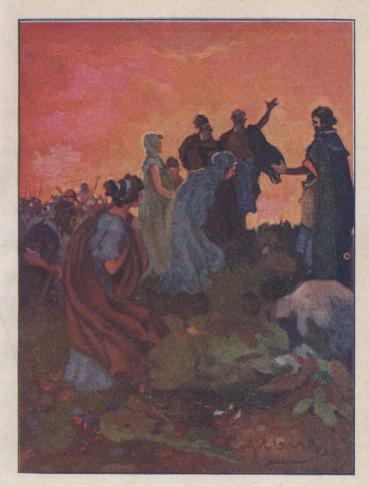
—Sabio visir—respondió él—, tú me has hecho saber la corta duración de mi soberanía y cuál será mi suerte. Pero te pido me digas también qué debo hacer para librarme del infortunio de mis predecesores.

Recuerda, señor—respondió el visir—, que a esta isla llegaste desnudo y que en el mismo estado te has de marchar para no volver nunca. No hay más que un medio para que evites la penuria que te amenaza en este destierro: fertilizar la tierra y poblar-la. Nuestras leyes te dan la facultad para ello y la docilidad de tus súbditos es tan

grande que irán a cualquier sitio que les envies. Congrega, pues, trabajadores que transformen aquellos campos estériles en fecundos. Haz construir ciudades y comercios y llénalos con todas las provisiones necesarias. En una palabra: prepárate para un nuevo reino en que los habitantes te acojan con alegría cuando de aquí te destierren. Apresúrate; no pierdas un momento. El tiempo pasa volando, y cuanto más hayas hecho en favor de la que será tu nueva morada mayor será tu deseo de vivir en ella. Imagínate que tu año expira mañana, y aprovecha el tiempo como hace el esclavo que va huyendo y que corre mucho para que no le den alcance. Si desprecias mi consejo, o si te dejas llevar por la indolencia o el sueño, estás perdido y caes en un abismo de perdición.

El rey era un hombre sabio y el discurso del ministro llenóle de vivos deseos de ser laborioso. En seguida hizo que fueran muchos habitantes a la isla desierta que llega-

ron a ella rápidamente y se pusieron a trabajar con entusiasmo. Bien pronto tomó aquella un nuevo aspecto y aún no habían pasado seis meses cuando estaban edificadas algunas florecientes ciudades, pero no por esto dejó de trabajar el rey. Continuó envian do a la isla nuevos habitantes que llegaron a ella con más prontitud aún que los primeros al saber que era un país bien cultivado y que estaba habitado por parientes y amien favor de la que será tu nueva misoyus reog Y va el fin del año de tal rey se aproximaba cada vez más. Los precedentes soberanos habían temblado en presencia de este instante en que se les debía despojar de aquella magnificencia tan corta; en cambio el actual ansiaba vivamente que llegara el fin de aquel reinado suyo va que iría a un país en el que él mismo se había formado un reino duradero. El día fijado llegó al fini Quitáronle al rey la diadema y el manto de púrpura, le sacaron del palacio y le condujeron



...ciñeron su frente con la corona...

al barco que había de llevarle a su destierro. No hizo más que llegar a la otra isla, cuando los habitantes le salieron con alegría al encuentro y le acogieron con grandes honores y para reemplazar a la diadema cuyo brillo sólo duraba un año, ciñeron su frente con la corona destinada a los inmortales El Todopoderoso le premió por su sabiduría y concedió la inmortalidad a sus súbditos haciendo que reinara sobre ellos por siglos y siglos.

El rico bienhechor es Dios; el esclavo libertado por su dueño, es el hombre al nacer; la isla a que llega, el mundo; los habitantes que salen gozosos a su encuentro son los padres que atienden a las necesidades del que acaba de nacer llorando y completamente desnudo; el visir que le instruye y le hace saber la triste suerte que le amenaza es la sabiduría; el año de su reinado es el curso de la vida humana, y la isla desierta, a la que va luego, es la vida eterna. Los trabajadores que a ella envía son las buenas obras que ha hecho en este mundo. Y, por último, los reyes que, antes, han llegado a ser desgraciados, son la mayor parte de los hombres que sólo se ocupan de los placeres terrenos sin pensar en su otra vida. Tales hombres son castigados con la desnudez y la miseria porque se presentan con las manos vacías ante el trono del Todopoderoso.

LAS CUATRO BOLAS DE ORO

Sarbas, rey de Persia, tenía su tribunal asentado sobre un magnífico trono en el gran salón de su palacio. Por la prontitud en sus decisiones, fruto de una larga experiencia, era admirado por todo el Oriente. Pero he aquí que se presentó un caso que, por lo singular reclamaba larga reflexión. Un anciano flaco y demacrado conducido por un joven semejante a un capullo de rosa dispuesto a abrirse, se presentó ante el rey, arrodillóse, tocó con su frente tres veces en tierra y dijo:

«—Rey de reyes y ministro de Dios: me llego hasta tu trono para implorar tu justicia. Yo tenía un hijo, el único, la alegría de mi vida, el tesoro de mi alma. Yo era rico y también me sentía feliz. Mi hijo crecía, y acababa de cumplir los ocho años cuando me vi obligado, en interés de mis negocios, a emprender un largo viaje. Mi corazón se resistía a marchar sin el hijo querido cuya alma y cuerpo se desenvolvían con rapidez pasmosa. Cegado por el exceso de cariño olvidé los peligros del camino y lo llevé conmigo; resolución funesta que yo debía de pagar con grandes sufrimientos. Nuestra caravana fué atacada en un desierto por salteadores; yo fuí herido de gravedad y tuve el dolor de ver que se llevaban a mi hijo querido. Yo le llamaba a gritos y llorando él tendía hacia mí sus manecitas; pero los salteadores tenían el corazón duro como una roca, y se alejaron. Una desesperación sin límites se apoderó de mí. Me recogieron casi muerto; pero no bastaba esto para castigar mi locura y continué viviendo para llorarla mucho tiempo.

»Cuando regresé a mi patria envié a buscar mi hijo por todas las regiones del mundo: mas tan perdido estaba, que diez años estuve sufriendo sin saber nada de él.

»Mis riquezas aumentaban a pesar mío. Yo envejecía y estaba enfermo porque una pena sin tregua me devoraba. Todos los días me creía morir; y no teniendo heredero legué la mayor parte de mis bienes a tu real tesoro; lo demás lo dejé para mis parientes y mis esclavos. Deposité mi testamento en casa del cazy (1). Ya esperaban todos mi muerte con impaciencia cuando este joven que ves junto a tu trono, llegó ante mí y se presentó diciendo que es mi hijo. Todas sus palabras concuerdan con la verdad y ha contestado a mis preguntas con la mayor precisión. Mi corazón se abrió a las más dulces

DE MAESTROS

⁽¹⁾ A pesar de las averiguaciones practicadas no hemos hallado la traducción exacta de esta palabra. Entendemos será Magisfrado, notario o cosa así. (N. del A.)

emociones. Le he reconocido por el hijo que tenía perdido y la alegría por haberle encontrado, me ha devuelto la salud. He reclamado al cazy mi testamento; pero dice que este joven es un impostor y que no es mi hijo por el solo hecho de que la nodriza que tuvo pretende no encontrar sobre él las señales que tenía cuando era pequeño. Por esto me presento ante tu trono, iluminado por los destellos de tu justicia y de tu sabiduría, para suplicarte emplees tu clarividencia en la investigación de la verdad.»

El anciano se emocionó y lloró. Todos los presentes se conmovieron con tal relato y nadie dudaba que aquel joven extranjero, de quien hablaba tan favorablemente su aspecto fuese su hijo perdido antaño. Todos estaban impacientes por escuchar la decisión del rey y fué grande su asombro al ver que contra su costumbre el monarca guardaba silencio y parecía reflexionar.

Pero la codicia le hacía ver que aquel jo-

ven habría de privar a su tesoro de un gran acrecentamiento de riquezas. Tal pensamiento era lo que impedía una rápida decisión. Arrugó el ceño, lanzó furibundas miradas sobre el joven, que parecía estaba muy seguro de ser el heredero, y rompió el silencio diciendo:

—El cazy ha cumplido con su deber. La declaración de la nodriza es el único testimonio valedero en este asunto. Y si no tienes otras pruebas—dijo volviéndose hacia el joven—más que tu propia aserción, no puedes ser reconocido como hijo y heredero de este rico anciano. ¿Qué otras pruebas tienes que justifiquen que eres el hijo de este rico anciano? Habla.

—Señor—respondió el joven sin alterarse—, mi suerte adversa me ha privado de todos los medios de que podría valerme legalmente para probar mi origen. El único testimonio que tengo es mi memoria en la que se conservan fielmente las primeras impresiones de mi infancia. Y esto que digo me sería fácil confirmarlo, por una serie de hechos que sólo conocemos mi padre y yo. Pero como no puedo servir de testigo en mi propia causa según la ley, sé de un medio por el que puede saberse la verdad. Yo he viajado mucho, y a pesar de mi poca edad he visto muchas cosas asombrosas. La más extraordinaria es la de un mago que sabe casi todas las cosas, que vive en una montaña junto a las fronteras de la India. Con su magia anima cuatro bolas de oro y las envía por todas partes del mundo. En pocos instantes van hasta los confines de la tierra y le llevan noticias de todo cuanto pasa. Nada les está oculto, pues penetran sin ser vistas a través de las puertas cerradas, se sumergen hasta el fondo de los mares, se remontan al sol y la luna, atraviesan el centro de la tierra y pasan también los espesos muros de los palacios. Una bola hace más descubrimientos que mil espías, y un rey que tuviera una o dos de estas bolas podría escrutar hasta los más secretos pensamientos de sus súbditos. Enviándolas por los términos de un reino vecino bien pronto sabría las intenciones de sus enemigos; y así se guardaría de ellos y su reino sería la maravilla del siglo. Por este medio supe que mi padre vivía aún y que por mí lloraba sin descanso. También supe que él estaba enfermo y que si quería volverle a ver antes de su muerte tenía que darme prisa. Si envías un mensajero que te sea fiel, ya verás cómo resplandece la verdad.

—No—dijo el rey de Persia—. Iré yo mismo a visitar a este gran mago, y tú me acompañarás. Mañana partiremos con la claridad de los primeros destellos del sol. Tengo gran impaciencia por ver estas bolas e investigar la verdad de tu historia. Anciano, ten paciencia hasta nuestro regreso. Si este joven en sincero, las alas de mí favor se extenderán sobre vosotros.

Apenas aclaraba el alba la cima de las montañas cuando el rey Sarbas se puso en camino con un séguito no muy numeroso. Sólo descansaban algunas horas al mediar el día y por la noche, y viajaban tan rápidamente que parecía tenían alas al desaparecer bajo sus pies tantos valles y montañas. Miraga, así se llamaba el joven, iba al lado del rey, y con sus sabios discursos y relatos maravillosos de pueblos y de costumbres extranjeros, de que el rey nunca oyó hablar, le hacía el tiempo más agradable. El rey comenzaba a sentir afecto por Miraga, pues éste no decía ni una sola palabra que no le fuera agradable, y hasta se habrían vuelto al cabo de los dos primeros días en obsequio al joven si no fuera porque el monarca quería conocer aquellas bolas del mago. Por esto prosiguieron el viaje, dejando atrás montañas, bosques y ríos. Y aun de día, después de reaparecer la luna en su plenilunio luego de haberse ocultado un instante, llegaron a

la montaña en que vivía el mago. El rev. que esperaba encontrarse allí sólo con rocas. se asombró grandemente al hallar todo aquello lleno de vides y de árboles frutales que daban los mejores frutos de entre sus clases. La naturaleza parecía haberse complacido en dar a la montaña las más hermosas proporciones. Las laderas, junto con la cumbre, formaban un cono perfecto. La línea en que se unían el pie y la falda, tenía, recorriéndola en todo su círculo, cerca de una legua, y rodeada de valles maravillosos se elevaba la montaña en leve pendiente hasta una suave altura en tanto que de la cúspide corría el susurrante caudal de cuatro arroyuelos que se dirigían hacia las cuatro regiones de los puntos cardinales. Sobre la cima del monte, aplanada, había una vivienda más semejante a una granja que a un palacio, desde donde se dominaba con la vista, y en todas direcciones, un vasto horizonte formado por una sucesión de colinas. Una dulce brisa acarreaba los más deliciosos perfumes a los viajeros y daba nueva vida a sus fatigados miembros.

El sol se encontraba ya en el término de su carrera diaria y los valles estaban ocultos por la obscuridad. No así la montaña que parecía rodeada de llamas purpúreas. Hasta su misma cúspide podían advertirse los efectos de la laboriosidad y de la buena dirección. Por todas partes que se miraba, veíanse hombres, mujeres y niños que trabajaban con un celo y una alegría que pocas veces se ven en otros sitios. Cantaban a coro y en su venturosa paz del alma parecía que apenas prestaban atención al rey que pasaba maravillado por entre ellos.

—¡ Ay!—dijo el rey, suspirando—. Ahora veo claramente el poder de las cuatro bolas de oro. Recorriendo mis provincias no he visto más que inacción y soledad; y en sus habitantes, abatimiento y tristeza. En cambio, todo esto es como un paraíso.



El hombre que estaba sentado era el mago.

Avanzaron hasta la vivienda del mago, que no era una construcción soberbia, pero que tanto en el interior como en el exterior presentaba el agradable cuadro de una abundancia bien ordenada y de una sabia disposición. Miraga, que parecía estar al tanto de todo. a chó delante y el rey le siguió con los suyos. El monarca creía que soñaba. Entraron en la casa del mago sin que nadie les saliera al encuentro. El rey dirigía miradas de asombro a un lado y otro. Una puerta se al ó ofreciéndose ante ellos una habitación en la que estaba sentado un hombre rodeado por seis niños y otras tantas niñas. Parecía darles una lección, y aquel auditorio escuchaba con una atención llena de ternura. El hombre que estaba sentado era el mago. Largos cabellos blancos le caían sobre la esparda. Una túnica blanca sujeta por un cinturón color rosa le descendía hasta los pies. Los niños estaban vestidos de la misma manera; sólo que unos tenían los cabellos rubios, y los otros, negros o castaños, aderezo de su dichosa edad. Pareció al rey que la luna llena se presentaba a sus ojos rodeada por una guirnalda de estrellas; pues nunca había gozado de un espectáculo tan bello.

Miraga entró en la habitación seguido por el rey. El mago se levantó tan pronto como les vió, y los niños desaparecieron como ligeras nubecillas ante el sol matutino.

—Señor—dijo el rey al mago con verdadero respeto—, yo soy un hijo de Persia. Tu gloria ha llegado a mis oídos, y vengo para ser testigo de lo que son las cuatro bolas de oro, pues tengo entendido que son una maravilla y que te traen las más ocultas noticias de todo el mundo. Si mi curiosidad no te ofende, dígnate mostrarme los prodigios de tales bolas.

—Con mucho gusto—respondió el mago—. Precisamente vendrán del reino de Persia y puesto que esa es tu patria podrás saber en seguida si dicen verdad o no.

Al decir estas palabras levantó en el aire la mano derecha y un bastón de marfil cayó del techo; lo cogió y con él golpeó en el suelo abriéndose éste en seguida para dar paso a una mesa de mármol recubierta de madera de ébano. El tablero se separó y dejó ver una concavidad circular de plata, al borde de la cual se veían cuatro agujeros en las cuatro direcciones el mundo.

-Esto tengo que hacerlo con una condición-prosiguió el mago-. Las bolas pierden su maravilloso poder cuando hablan a un hombre que se deja dominar por sus pasiones por pequeñas que éstas sean. Sé, pues, dueño de ti mismo; porque las cosas que te han de ser dichas podrán agradarte o podrán desagradarte. Ten la suficiente serenidad para soportar cuanto oigas. Al primer impulso de una pasión que te domine, no podrás acabar de oir el relato.

El rey, fiel por completo a su curioso deseo, prometió cumplir gustoso con una condición tan fácil. Entonces el mago golpeó con el bastón sobre un pequeño címbalo que estaba suspendido de la gran horquilla que formaba una serpiente roja que dejaba descansar la cabeza sobre la cola en la concavidad de plata que había en la mesa. El címbalo resonó y se dejó oir un sonido que salía del agujero establecido en la dirección del Occidente. Acrecentábase paulatinamente tal sonido y acabó por parecerse al murmullo de un gran río. El rey sintió oprimirse su pecho y sus esclavos temblaron. El murmullo cesó y salieron rodando cuatro bolitas de oro. Por algún tiempo describieron un círculo alrededor de la serpiente y luego se detuvieron ante el mago y el rey. La primera bola se abrió y una voz tan dulcemente armoniosa como el instrumento tocado por un hábil artista dejó oir estas palabras:

«—He ido a Chorasán, donde vive Zalaspa, antiguo amigo del rey de Persia. Largo tiempo vivió el rey con él en la más completa

intimidad y siempre le había hallado probo y fiel. Mas he aquí que el rey, emponzoñada su alma por la adulación, sintió aversión por aquel amigo, y así, evitó su compañía para buscarse servidores más complacientes. En cuanto supieron esto los enemigos de Zalaspa le llenaron de infames calumnias. El rey le condenó sin oirle siguiera y le desterró de su corte. El pobre Zalaspa se dolió de la ceguedad del rey, y se marchó a Chorasán, su patria. Allí vive tranquilo no cesando de hacer bien. El pueblo le quiere como a un padre. Entre los indígenas él reparte la mitad de sus rentas. Obra de sus manos es el embellecimiento y progreso de provincias enteras y su nombre es ensalzado por los habitantes como si fuera el de una divinidad. Es completamente feliz. y no experimenta más tristeza que cuando piensa que el rey Sarbas ya no le tiene por amigo.))

La voz se apagó y la bola se cerró de nuevo. El rey, para quien estas palabras habían sido una flecha envenenada que le hería en el corazón, sintió un ardor que le subía al rostro abrasándole, suspiró profundamente y quiso hablar, pero no pudo articular ni una palabra.

Entonces se abrió la segunda bola y con el acento dolorido de un pájaro que llorara por la muerte de sus pequeñuelos dejó oir lo que sigue:

«-Yo iba a través del Farsistán, cuando vi un castillo que hay en un sitio apartado. Me elevé sobre él y posándome sobre los jardines he visto bajo un enramado a la primera esposa del rev de Persia. Como hizo con su amigo de confianza hizo también con ella. A ésta la rechazó para ceñir la corona sobre una indiana rival. Aún es tan bella como era cuando se sentó por primera vez en el trono, al lado de Sarbas. Su hija, que es su verdaro retrato, estaba sobre su regazo y jugaba con los cabellos de su desconsolada madre al mismo tiempo que sonreía para consolarla; pero a pesar de estas caricias repetidas, la tristeza

jamás la abandonaba. Yo descendí más para oirlas :

»-No llores más, madre mía: tus bellos ojos ya se tornan rojizos. Yo te quiero; no llores más. Oye el canto de los pajarillos que siempre están contentos y juegan por entre los árboles; yo quiero ser tu ruiseñor y repetirte sin cesar : ¡ no llores !, ¡ no llores !

»—¡ Ay!, hija mía. Yo tengo en el alma un pájaro que se lamenta sin cesar. Ha perdido su bien amado y le llora sin descanso.

»—Deja que este pájaro tan triste se marche, mamaíta; la libertad le hará contento. Los pájaros aborrecen las prisiones y viven enteramente libres en agradables florestas.

»—Ay, hija mía. Ese pájaro está tan aprisionado como nosotras. Está en completa soledad, y como esas quejas se pierden en un desierto, nadie las oye.»

La bola se volvió a cerrar, cesando de hablar. El rey tuvo sus ojos puestos fijamente en ella, en tanto que abundantes lágrimas le resbalaban sobre el rostro. Parecía escuchar todavía su acento quejumbroso, cuando la tercera bola se abrió. Como el viento que mece las copas de los árboles o como suaves olas que a la orilla van a morir, murmuró estas palabras:

«-Yo he acompañado al rey Sarbas en su viaje, y he observado todo cuanto ha hecho. Su favorito, el esclavo Congo se aprovechaba de la debilidad del rey y para contentarle le llamaba el rey de la sabiduría universal, el sol de Asia, la corona de los héroes sin que el monarca se apercibiera de su falsedad. Todo cuanto el rey decía, lo alababa; pero en el fondo de su alma se reía de la simplicidad del soberano. Fingiendo siempre fidelidad no hacía más que acechar el momento oportuno para engañar al rey; y esta ocasión se le presentó ayer. El monarca, fatigado por el viaie, dormía profundamente en su tienda, cuando Congo que acababa de hacerle mil protestas de sumisión le quitó del dedo un diamante, precioso regalo de la reina prisionera, y le ha cosido en la lona de la tienda.»

—¡ Malvado!—gritó el rey en un acceso de ira, y en el mismo instante sacó su sable para cortar la cabeza de Congo, que estaba temblando.

En seguida se oyó un ruido violento, la tierra tembló y al mismo tiempo, en un abrir y cerrar de ojos, se tragó la mesa de mármol que volvió a tener su tablero de ébano.

El rey otra vez se mostró sereno y se encontró a solas con el mago; todo su séquito había desaparecido y la estancia había cambiado de aspecto.

—Rey de Persia—dijo el mago—, has dejado incumplida la condición impuesta y el mágico juego de las bolas hoy, ha terminado para ti. El orgullo, la envidia, la avaricia y la cólera destruyen la buena armonía, y cualquiera que se deja dominar por una de estas cuatro pasiones oye el bramar del mar en lugar de los dulces susurros de las selvas. Perdóname—respondió el rey—. No supe contenerme. Pero dígnate acceder a mi súplica. Veo que los dioses te han provisto con
estas maravillosas bolas de una parte de su
sabiduría omnipotente. He aquí que yo soy
soberano de un gran Imperio. Para regirlo
bien necesito saber siempre todo lo que en él
pasa. Por esto te ruego me des una de estas
bolas y hazme conocer el secreto que la hace
hablar. Yo te daré la mitad de mis tesoros como recompensa a tal presente, que tanto profundiza en todos los arcanos de la vida.

—Siéntate aquí en este sofá, rey de Persia—replicó el mago—, y escúchame. La intención que aquí te trae es digna de tu linaje, puesto que hace patente tu buena voluntad para con tu pueblo. Pero no puedo satisfacerla más que a medias. Yo debo estas cuatro bolas al favor de un Genio bienhechor que me las ha prestado por un tiempo que él fijará. Yo puedo comunicar las noticias que me traigan, a los demás; pero ese Genio me tiene

prohibido que esas bolas las ceda o las venda. Yo soy jefe de un pequeño pueblo para dicha del cual las he empleado toda mi vida. y ese Genio bienhechor debe estar satisfecho con mi conducta, puesto que me deja que las posea plenamente. Nunca las he usado para mi propio bienestar y sí para el de mi pueblo. Yo no amaso tesoros: en cambio, cuanto adquiero lo reparto. Las preguntas que hago no tienen por objeto el servir a una vana o maligna curiosidad, y sí el servir a un interés bien entendido, que es el de mi prójimo. En una palabra: yo saco el partido que se debe sacar de una dádiva celestial. Y, sin duda alguna, que los dioses me lo aprueban; pues me sirvo de tales dones para hacer el bien.

—De todos modos, rey, aunque me sea imposible acceder a tu deseo, no quiero que se diga que has hecho un viaje inútil a estos lugares. Voy a declararte la parte más importante de mi magia: la manera cómo debes portarte con todos los que el cielo ha puesto a tus cuidados. Tú también has recibido del Genio bienhechor, protector de la tierra, bolas mágicas, como las mías. Es verdad que no son visibles como éstas, pero no por eso son menos preciosas. Y si hasta ahora no han producido también resultados sorprendentes, la culpa no es más que tuya. Tu cetro es el bastón de marfil que ha caído del techo y que me sirvió para hacer venir a las bolas. Usa el cetro como un rey verdaderamente sabio, y tú también sabrás lo que necesitas para ensalzar tu trono, y hacer la dicha de tu pueblo. Entonces tus ojos y tus oídos te prestarán el servicio de las bolas de oro y tú les deberás sabiduría y complacencia. No olvides, pues, nunca tu misión tutelar ni tu dignidad real. Ver y oir es el primer deber de un rey. Sus ojos y oídos se deben a su pueblo. No debe valerse de las nuevas que a él llegan por medio de estas bolas para satisfacer su vanidad, su avaricia o sus deseos, debe verlas como a mensajeros que le anuncian toda clase de necesidades de sus súbditos y todas las imperfecciones de su gobierno y las maneras de remediar ambas cosas. Empleándolas de este modo no le herirá jamás una palabra de la boca del sabio. No torturará a la justicia para enriquecer su tesoro; y su ojo penetrará en todas partes como un sol bienhechor y a sus oídos llegarán las palabras de humillación o de elogio, de protesta o de súplica, y con su espíritu de equidad llegará a ser todo una verdadera armonía de donde partan gozosas aclamaciones.

Esta es, rey de Persia, la magia que me sirve para dar vida a estas bolas. Te lo digo porque creo que eres un hombre capaz de ponerlo en práctica. Yo te quiero desde que naciste y he seguido todos tus pasos con una tierna solicitud. Cuando veo que hay malvados que corrompen tus sentimientos y que hacen anidar en tu corazón miserables pasiones, te tengo lástima. Estoy muy contento por la ocasión que me ha presentado mi discípulo Miraga de

verte aquí, pues yo lo ansiaba vivamente. Ese joven está dotado de todas las virtudes. La generosidad y la prudencia se disputan en él el primer puesto y es una muestra de la hermosura de tu alma el haber llegado a tenerle un vivo afecto en tan poco tiempo. Tenía nueve años cuando le compré y en seguida me esforcé en adornar su espíritu con todos los conocimientos necesarios. Ha llegado a sobrepasar a mis esperanzas y me ha recompensado largamente por los trabajos que tuve para educarle. Aprovéchate de sus servicios; yo sé que con él te consolarás de la pérdida de tu amigo Zalaspa. En cuanto a su origen, él es el hijo del viejo mercader. Una curiosidad malsana ha echado por tierra tu habitual prudencia. Además, has de saber que la nodriza estaba pagada por parientes codiciosos del anciano para que prestara una falsa declaración.

El rey de Persia, durante este discurso sufrió varios accesos de ira; pero la imponente dignidad del mago le aplacaba aquélla, y la grandísima bondad con que terminó de hablar acabó de calmarle.

El monarca iba a contestar cuando un sonido de harpas y de flautas se elevó como un dulce murmullo y le hizo olvidar lo que quería decir. La música parecía venir de todas partes y semejaba una mágica armonía producida por espíritus invisibles. Cada vez se hacía más sonora y, poco a poco, enfrenó completamente los sentidos del rey. La alegría se reflejó en los ojos del monarca que parecían preguntar al mago qué significaba aquella música.

—Son mis niños que los instruía cuando tú llegaste; quieren festejar la llegada del rey de Persia a casa de su padre.

El rey levantó la vista y las paredes desaparecieron cual una niebla. Seis niños y seis niñas se aproximaron ataviados como anteriormente, con la cabeza coronada por violetas y rosas y entonaron un himno en honor al rey de Persia. Marchaban de tres en tres y en sus manos llevaban mágicos presentes. Luego, tan pronto como llegaron junto al rey, formaron en semicírculo, hicieron una reverencia y el canto cesó. Dos niños y dos niñas se destacaron con los regalos y le hicieron un gracioso saludo. El primer niño dijo: «Honor a ti, rey de Persia. Te traigo una diadema destinada a adornar a tus hijitos.

—Yo te doy una cadena de oro, dijo una miña, para atar los corazones de tu pueblo al tuyo.

—Yo te regalo este cinturón de lapislázuli, dijo el otro niño, para emblema de tu justicia.

—Yo te presento, dijo la segunda niña, esta corona de diamantes, recompensa al buen rey.

—Y nosotros, dijeron los otros niños, sembramos flores a tu paso y te deseamos paz y dicha.

Así terminó aquel día, el más extraordinario de la vida del rey Sarbas. Volvió a marchar animado, por decirlo así, por una nueva existencia, y su primer pensamiento fué para su esposa prisionera, la reina Maranta y para su hija Solima.

Fué junto a ellas arrepentido y amoroso y las estrechó de nuevo contra su pecho, reconociendo que eran las prendas de su felicidad.

También fué a ver a su antiguo amigo Zalaspa; pero era dichoso con la paz de que gozaba, libre de envidias, y rogó al rey le dejara continuar así.

Miraga, por sus virtudes, hizo renacer en su padre la salud que los sufrimientos habían quebrantado y el anciano olvidó todas las penas pasadas a cambio de los encantos del amor filial.

El rey, por su parte, elevó al joven Miraga al puesto de gran visir, pues sobrepasaba a todos los grandes de su corte en sabiduría y virtud, además de ser a él a quien debía el monarca su dichosa transformación, y para hacerle aún más feliz le dió en matrimonio a Solima, su unigénita. Sarbas fué otro: se esforzó en gobernar en todo su reino según los preceptos del sabio mago; y aunque éste no le dió parte en su misterioso poderío, su reinado y el de su sucesor, fueron para Persia la llamada edad de oro. Y es que no teniendo Sarbas ningún sucesor al trono, Miraga fué proclamado unánimemente para sucederle. Y como el nuevo monarca fué instruído desde sus primeros años con las sabias lecciones del mago, todas las historias de Persia dicen de él: Nunca existió un rey tan perfecto.

canarraal cabus Mario caraines de o orienzad

III Da Gardan de Labor.

LA REINA DE LAS MONTAÑAS

Un sultán de Egipto sintiéndose morir llamó a sus tres hijos y después de recomendarles que fueran buenos hermanos les habló de un cofrecito que tenía guardado.

—En él encontraréis—les dijo—una cantidad de piedras preciosas de lo más hermoso que verse pueda. Repartidlas entre vosotros en partes iguales, puesto que a los tres os quiero de la misma manera.

El sultán murió, y los tres hermanos procedieron al reparto; pero las piedras eran de valores tan diversos que una distribución equitativa parecía casi imposible. Los herederos no podían ponerse de acuerdo, y resolvieron llamar al gran visir, antiguo servidor de su padre, para hacerle juez entre ellos.

—Antes de hacerme cargo de esto—dijo el visir—es preciso que refiera a mis señores, los príncipes, una aventura que tiene alguna semejanza con este asunto y que os demostrará el mejor medio para terminar con la desavenencia.

Los herederos empezaban a sentir curiosidad y el visir comenzó:

«—Yo servía en mi juventud al victorioso Babour, sultán de las Indias. Para recompensar mi celo y fidelidad, me hizo comandante de un cuerpo de caballería de mil hombres. Después de la conquista de Candahar, recibí la orden de llevar a mis hombres más allá de las montañas que separan el Kaboul del Tibet. Estas montañas son muy altas y, por muchas partes, inaccesibles; en cambio, los valles están siempre poblados y son fáciles.

»Un día, después de una marcha penosa, desplegamos nuestras tiendas en un valle, junto a una aldehuela formada por un pequeño número de casas. Algunas de mis gentes descubrieron algo lejos, en este valle, una construcción grande y vetusta, casi derruída, semejante a un palacio. Un anciano lugareño les dijo que la tal construcción era el castillo de la reina de aquellas montañas, que vivía allí desde hacía tiempo y para la que eran enemigos cuantos extranjeros se adentraban en su palacio.

»—Dinos quién es esta reina, cuál es su familia, y dinos también quiénes forman su séquito.

»—Quién es ella, lo ignoro—dijo el anciano-. Es una bella mujer, pero no creo que esté formada de carne y huesos como nosotros, pues vuela como sa fuera un pájaro. Sus servidores también hacen cosas extraordinarias: se baten en el aire, se persiguen por encima de las rocas como cabras y son tan

numerosos que se podría formar con ellos un regular ejército. Algunos de estos servidores de la reina vienen de cuando en cuando a nuestro lado; pero hablan poco y no se sabe de qué viven. Nosotros jamás intentamos aproximarnos al castillo, escarmentados porque varios que han estado por aquellos alrededores con sus rebaños, las gentes de la reina se les han echado encima dejándoles por muertos.

»—Voto a tal—exclamó uno de mis jóvenes oficiales—: ¡ esta es una aventura digna de nosotros! Vámonos a pasar la noche en el castillo; la bella reina, sin duda alguna, nos hará un buen recibimiento. La presencia de unas tropas como las nuestras hará que sea amable hasta el mismo genio maléfico Asmough (1).

»De tales cosas me informaron mis soldados, llamando también mi atención. Tuve

Probablemente se refiere a Asmodeo, príncipe de los demonios según los judios. (N. del A.)

una idea, y dispuse en seguida que los habitantes de la aldea me entregaran un cierto número de lámparas y partí con mis hombres.

»Entramos en el castillo, distribuí a su alrededor a los míos por pelotones y puse centinelas como si esperásemos al enemigo. Mis tropas encendieron fuego, comieron, bebieron y descansaron; pero con sus armas siempre dispuestas. Yo comí con los oficiales en un hermoso salón que hice iluminar con las lámparas que llevábamos. Pasamos alegremente el rato hasta mediada la noche y comenzábamos a cabecear, pues el sueño se apoderaba de nosotros, cuando cerca del salón se dejó oir un gran ruido. Nosotros no teníamos miedo, en primer lugar porque éramos muchos, y luego, por nuestro valor tantas veces demostrado y que nos había conquistado el sobrenombre de bravos por excelencia en el ejército de Babour. Así, pues, nos sentíamos animosos; cogimos las armas, nos volvimos hacia el lado de donde venía el ruido y

> BIBLIOTECA NACIONAL BE MARCTONS

esperamos los acontecimientos. El ruido cesó y de pronto vimos ante nosotros a la reina del castillo. Doce hombres armados marchaban fieramente ante ella, y a los lados y detrás, iban mujeres ricamente vestidas, a las que seguía un vistoso cortejo. Al ver todo aquel conjunto de trajes y de armas magníficas se podría haber tomado a aquellos servidores por un número igual de rajás. En cuanto a la belleza deslumbradora de la reina y de las ricas piedras que relucían sobre su vestido nos quedamos asombrados.

»Ella me pareció muy amable, pero era su porte tan majestuoso y severo, que, aunque sonriera al mirarme, no pude menos de quedar sin hablar.

»—¿Cómo os encuentro con el sable en la mano?—preguntóme con un tono algo bur-lón—. ¿Es esta vuestra habitual manera de ir de visita?

»—Os ruego perdonéis esta descortesía; pensaba que aquí encontraría enemigos.



...vimos ante nosotros a la reina del castillo.

»—Acaso los hayáis encontrado—prosiguió ella-, pero necesitaréis de otras armas para vencerlos

»Yo quería dar una cortés respuesta a aquellas palabras de la soberana, cuando un hombre burdo que pareció salir de mis tropas se le aproximó, la cogió por la barbilla y le dijo que quería batirse con ella, si accedía a ello. La reina se encolerizó y dió un paso atrás: una de sus mujeres saltó hasta donde estaba el imprudente, al que yo al mismo tiempo le daba una bofetada.

»En un momento todos los sables fueron desenvainados. Los oficiales de la reina querían vengarse de la afrenta y los míos gritaban que el culpable debía ser castigado. Todas nuestras gentes, distribuídas en el castillo por pelotones, al oir este tumulto, se precipitaron con las armas en la sala llenándose ésta hasta el extremo de que casi no podíamos mover los brazos.

»La reina reclamó silencio y preguntó quién

era el culpable, no respondiendo nadie. Los oficiales de la reina decían que era uno de los nuestros, mientras los míos y yo, sosteníamos todo lo contrario. Todos nos acaloramos con la disputa y de todas partes se soltaban palabras injuriosas. Comenzaron a chocar unos sables con otros, las lámparas cayeron al suelo y la sangre comenzó a correr. La obscuridad y los continuos gritos hacían todo discurso inútil. Cada uno pegó en derredor suyo tanto tiempo como pudo y el combate duró hasta la mañana.

»Al despuntar el nuevo día vimos a la reina de pie junto a la puerta del salón y la vimos reir.

»—Abrid los ojos—dijo ella—y ved con quién os batisteis.

»Aquel encantamiento que hasta entonces nos había ilusionado desapareció y nuestro valor se cambió en terror cuando vimos que habíamos combatido no contra los otros y sí contra nosotros mismos. Yo tenía dos profundas heridas y entre los muertos que cubrían el suelo yacía sin fuerzas.

»—Adelante, amigos míos—grité tan fuerte como pude—. Coged a la maga y vengad la muerte de vuestros hermanos.

»Todos aquellos que aun podían combatir corrieron hacia ella, sable en mano; pero la reina desapareció soltando una gran carcajada que resonó largo tiempo en el viejo palacio.

»Tan sólo me quedaba una cuarta parte de mis huestes. Los heridos fuimos llevados a la aldea, y después de sepultar a los muertos hice marchar a los otros delante, prometiendo que les seguiría con los demás heridos cuando estuviéramos curados. Yo no hallaba consuelo a mi desgracia; pues, por mi temeridad, había perdido mis más bravos guerreros en una ignominiosa aventura. Luego, cuando ya estuve curado, cambié de camino y por mar vine a Egipto, donde el magnánimo sultán, del que ahora lloramos la muerte, me admitió a su servicio. Yo he sabido por este triste acon-

tecimiento cuán desastrosa es la discordia entre quienes deben ser amigos. La unión hace la fuerza y los hermanos desunidos son la mofa de sus enemigos. Me gustaría ver poderosos y felices a los hijos de mi bienhecher: y así serán si se llevan como hermanos. Espero, pues, que los príncipes, mis señores, no despreciarán el consejo de un anciano. Si así me lo prometéis me encargo de la comisión esta y haré la distribución de las joyas.»

Los tres herederos tendieron sus manos al antiguo visir, y éste hizo tres partes con las piedras.

Cada uno estuvo conforme con la parte que le tocó en suerte. Luego, se separaron contentos y su unión fraternal les volvió tan poderosos que fueron respetados por todos los reinos vecinos.

IV

LOS ANIMALES AGRADECIDOS

—¿ Qué hombre es el que más se merece mi confianza de todos los que quieren alcanzar mis favores?—preguntó un rey joven a su visir, hombre ya de experiencia por sus muchos años.

—Señor—dijo el visir—, no sabes bien lo que has preguntado. Sucede que el hombre que está más obligado a ser generoso y agradecido suele ser luego el más hipócrita y el más ingrato. De buena gana te referiría, ¡ oh rey!, si te place, la historia del sultán de Alep.

—Con mucho gusto—contestó el rey. El visir comenzó:

«-El sultán de Alep se dejaba dominar por la pereza mientras quedaban los manejos del gobierno en manos de otros. Como era más partidario de la comodidad y del lujo que de la buena marcha de los asuntos de su nación, se entregó en manos de un joyero que con una porción de tretas siempre nuevas, sabía tenerle contento. De esta manera el jovero se elevaba insensiblemente a los primeros puestos de la corte. Hasta se confió a él la educación del príncipe Behadir, probable heredero de la corona, aun cuando no reunía las condiciones necesarias para desempeñar tal cometido. Mientras tanto, el rey, ciego defensor de su favorito, no se apercibía de la viciosa educación que daba a su hijo, hasta que un acto cruel le abrió los ojos viendo entonces claramente lo que eran el príncipe y el maestro de éste.

»El antiguo joyero inculcaba en el príncipe,

su discípulo, todas las bajas inclinaciones nacidas de su primera profesión: el amor a las piedras preciosas y, en general, a las riquezas; la codicia, origen del engaño y de la opresión. Con tales pensamientos, bien pronto se pusieron de acuerdo maestro y discípulo. Un judío les presentó un día piedras preciosas para vender. Ambos se las arrebataron de las manos por una irrisoria suma que al mercader acarreaba pérdida. El judío, indignado, reclamó sus piedras, y se las negaron; se encolerizó más, les apostrofó, y entonces le mandaron decapitar.

»Tal iniquidad llegó a oídos del sultán y empezó a examinar con cuidado al hombre en que había depositado toda su confianza. Se informó de todos los actos de bajeza cometidos por su hijo y su instructor, y aun con todo el dolor de su alma, no tuvo más remedio que confinar al príncipe en un castillo lejano, y al antiguo joyero le desterró de sus estados.

»Rustam, así se llamaba el degradado, se

puso en camino llevando en su alma la ponzoña de su alma vil. La noche le sorprendió en un espeso y sombrío bosque. Conforme marchaba cayó en un gran foso que, recubierto de altas hierbas, ocultaba una trampa para la caza de feroces bestias. No hay palabras capaces de describir su estupor y su espanto cuando creía encontrarse solo y se vió con la compañía de un mono, un león y una serpiente. A cada instante pensaba que iba a ser la víctima de aquellos animales y no sabía que le respetaban la vida pensando en la triste suerte que ellos mismos habrían de correr. Y así, lleno de angustias, pasó Rustam la noche

»En la mañana del siguiente día, oyendo los pasos de una persona comenzó a pedir socorro con tan quejumbrosa voz que llegó a mover a piedad al viajero. Este era un mercader llamado Ahmed. Dotado de un corazón compasivo, se apresuró tanto como pudo para prestar auxilio al que así le imploraba, dispuso

una cuerda y la echó al foso. Pero cuál no sería su asombro cuando vió asomar por el borde de aquella trampa un mono en lugar del sér que creía salvar. Este animal había sido más ágil que el hombre, y por esto se había cogido antes a la cuerda y se había salvado el primero.

»El mercader irritado contra este inteligente animal quería echarle abajo de nuevo cuando el mono le dijo en un tono amistoso:

»-No te arrepientas de haberme salvado la vida. Los animales quieren a sus bienhechores y son agradecidos para con ellos: en cambio, el hombre que está ahí abajo, en la trampa, es un malvado y me sabría mal que algún día te pagara de mala manera tu buena acción. Yo habito al pie de esta montaña y muy contento estaría con volverte a ver para probarte mi gratitud.

»Poco caso hizo Ahmed de las promesas del mono; así que en seguida echó la cuerda otra vez para salvar al hombre. Al notar que pesaba más la carga que la anterior vez se regocijó en gran manera y esperaba ver a aquel desgraciado que allá abajo gemía, cuando divisó la crin, los dientes y las zarpas de un león. En su espanto, estaba decidido a soltar la cuerda, cuando el león le dijo con dulzura:

»—No temas nada y acaba de sacarme de aquí. En mí tendrás un amigo que siempre te querrá. En ocasiones propicias te podré salvar la vida; tengo bastante fuerza. Además: mi agradecimiento siempre te ha de ser más útil que el de ese traidor que está dentro del foso.

»El mercader cobró nuevos bríos con tales palabras y acabó de libertar al león.

»—Amigo—le dijo el rey de los animales—, mi guarida está en este bosque y espero verte otra vez y recompensarte por tu bella acción.

»El león se alejó y Ahmed, a instancias reiteradas de Rustam, echó la cuerda por tercera vez. Mas no había comenzado a sacarla cuando vió destacarse una serpiente, desenroscándose

»—¿Es que están ocultos en este infierno todos los monstruos de la tierra?-exclamó, furioso

Pero la serpiente le interrumpió:

»-No te enfades por haberme salvado. Ya te pagaré tu buena acción con un consejo amistoso, que, si estás dispuesto a seguirlo, te puede ser de gran utilidad. El hombre que ha quedado solo en la trampa es un ingrato y un malvado. Créeme: las serpientes tenemos la prudencia que suele faltar a los hombres. Este es un infame a quien la Providencia quiere castigar por sus crimenes. Abandónale a su destino o te arrepentirás de haberle hecho un bien. De todos modos, comprendo que no estás dispuesto a escucharme; así que haz lo que te plazca. Eso sí: tú me has salvado la vida y no seré ingrata. Adiós. Mi vivienda está junto a la muralla de la ciudad vecina; y allí espero volverte a ver.

»Así habló la serpiente. Luego se alejó. Mas ¡ ay! : el mercader tenía un alma demasiado buena para poner en práctica tal consejo. Tiró la cuerda por cuarta vez y al fin fué sacado aquel hombre de la trampa en que estaba. Su aspecto bastó para conmover el corazón de Ahmed. El infortunado se arrojó a sus pies y llorando le dió gracias:

»—¡ Oh, mi generoso libertador! Si la Providencia me ofrece un momento propicio, yo te sacrificaré todo cuanto tenga y todas mis facultades: hasta la última gota de mi sangre.

»Así le dijo, y para hacerle aún más patente su agradecimiento, se dió a conocer su bienhechor:

»—Yo soy un hombre influyente de la vecina ciudad, y me llamo Rustam. El rey me había nombrado visir suyo y puso bajo mis cuidados a su hijo. Yo llenaba esta mi misión con celo y fidelidad; pero como el príncipe era un joven vicioso no hacía caso de mis lecciones y, en cambio, se dejaba llevar por sus pecaminosos excesos. Yo informé al rey. La reina, sin embargo, se puso de parte del príncipe y no se me atendió. Pero luego llegaron a tal punto las perversidades de mi mal discípulo que el rev se enteró de todo e hizo que se le encerrara en un castillo próximo a este bosque. Mis enemigos han aprovechado esta ocasión para imputarme los vicios del príncipe. El ingrato monarca ha hecho caso de ellos, me ha quitado el cargo que yo había desempeñado con tanto celo y me ha echado ignominiosamente de su corte. Ayer noche llegué a este bosque; marchaba entregándome a tristes reflexiones sobre la ingratitud de los hombres cuando caí en esta trampa junto a estas horrorosas bestias de las que acaba de librarme tu bondad, sino bien pronto hubiera sido yo la presa de ellas.

»Después continuó hablando de la ingrati-

tud de los hombres y de la injusticia de los reyes mezclando en su peroración sentencias tan bellas que Ahmed pensó había salvado a un sabio.

»—Yo vivo en las afueras de la población vecina—dijo el impostor, terminando. Te ruego, pues, vengas conmigo y así podré probatte mi agradecimiento siquiera con una hospitalidad de algunos días.

»Ahmed agradeciendo al visir su invitación prometió visitarle y siguió su viaje satisfecho de la alegría que le proporcionaba su bienhechora acción. Llegó a Persia y tuvo acierto en todos sus negocios. Vendió sus piedras preciosas aún más caras de lo que esperaba.

»Sus riquezas, que aumentaban de día en día, revivieron en su alma el deseo de volver a ver su patria y se puso en camino, yendo a través del bosque en que años antes había libertado a los cuatro prisioneros. Iba recordando con alborozo las bellas palabras de Rustam y elogiaba la conducta de aque-

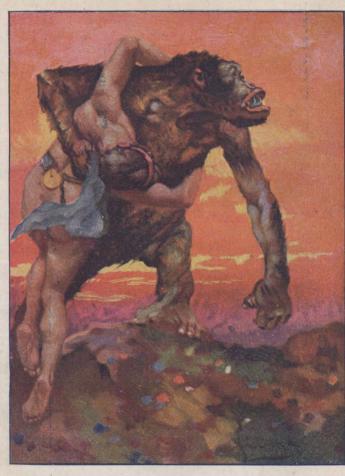
llos tres animales que no habían dado muerte a aquel sabio hombre. No tenía en cuenta ni por lo más remoto las palabras de las tres bestias, cuando fué asaltado por una banda de ladrones que le dejaron sin el caballo, sin el dinero, sin las perlas y desnudo, le ataron de pies y manos a un árbol, alejándose luego rápidamente.

»El desgraciado Ahmed no intentaba gritar por temor a atraer algún animal feroz. Hizo grandes pero inútiles esfuerzos para romper las ligaduras. A fuerza de movimientos mil se desolló pies y manos y el dolor le hizo lanzar un lastimero grito que resonó en todas direcciones llegando a oídos del mono. ya que su vivienda no estaba alejada del árbol a que se encontraba atado Ahmed. Acudió y en cuanto reconoció a su libertador de un salto se plantó junto a él, y con sus afilados dientes cortó las cuerdas que le ligaban.

»Ahmed, debilitado por los esfuerzos que hizo para soltarse y por el hambre que sentía, cavó a tierra semimuerto. El mono le tomó en sus brazos, le llevó a su guarida, le dió frutos silvestres, le hizo un lecho con hojas secas, se sentó a su lado, y le frotó las manos queriendo reanimarle. Gracias a todos estos cuidados Ahmed volvió en sí y relató al mono la fechoría de que había sido víctima. Este animal conocía la guarida de los ladrones, y en ella entró sin hacer ruido. Todos estaban sumidos en un profundo sueño. Cerca de ellos había grandes sacos llenos de oro. Tomó el más pesado y algunas ropas para que pudiera vestirse su huésped, pues como hemos dicho estaba completamente desnudo, y muy gozoso volvióse a su guarida a grandes pasos.

»—Ten—le dijo, poniendo aquel botín a los pies de su bienhechor—, aquí tienes con creces lo que habías perdido, y estoy muy contento de haber podido servirte.

»Ahmed dió las gracias al mono, se vistió, cogió el saco, y partió. Pensó en ir a casa de



El mono le tomó en sus brazos...

su amigo Rustam y procurarse otro caballo para proseguir el viaje. Ya iba imaginándose la alegría tan grande que tendría el honesto visir con su llegada imprevista, cuando el fiero rugido de un león le sacó de sus arrobadores pensamientos. El espanto encadenó sus pies, y ya creía inevitable una cruel muerte. cuando he aquí que el león, reconociendo a su antiguo libertador, marchó lentamente hasta aproximársele; y mientras le hacía dulces carantoñas con la cola, le dijo:

—» Ven, amigo y bienhechor mío; ven a mi cueva; acepta la hospitalidad del león que quiere testimoniarte su agradecimiento.

»Ahmed, que viendo el comportamiento del mono se había hecho amigo de los animales, aceptó. Y andando, andando, le contó su aventura y el resarcimiento que debía a la bondad del mono. El león elogió la conducta del cuadrúmano y para no parecer a su huésped menos agradecido que uno de los débiles súbditos de su imperio, rogó a Ahmed que le

esperase unos instantes, y partió. Dando vueltas por el bosque se encontró con el príncipe Behadir que yendo de caza habíase alejado de su séquito, perdiéndose. El tal príncipe era un hombre cruel, injusto, y el rey, su padre, por tal razón le tenía encerrado como sabemos en un castillo. Sus servidores tenían orden de seguirle a todas partes y cada cual debía estar de continuo vigilándole, pero en aquellos instantes se había extraviado por correr demasiado aprisa tras de un corzo, quedando fuera de la vista de sus guardianes. Sin duda que la Providencia quería castigarle por sus crimenes. Apenas vió el león su precioso turbante, guarnecido por gran número de relucientes piedras, saltó sobre el príncipe y le derribó en tierra dejándole allí muerto. Hecho esto tomó entre sus dientes el rico turbante, llevándoselo a su huésped para que lo aceptara como una pequeña prueba de su gratitud.

»Poseedor de un tesoro inestimable y en-

cantado por los felices hallazgos, Ahmed tomó el camino de la ciudad para informar de sus curiosas aventuras a su amigo Rustam.

-No me irá a recibir-se decía el, con menos alegría que estas bestias salvajes.

»El contento de su alma le hacía aligerar el paso, y aun el sol no se había puesto cuando alcanzó las puertas de la ciudad, en la que por cierto ya estaba extendida la noticia de la muerte del príncipe. Los criados habían descubierto en el bosque su cadáver a medio desgarrar pero como no se había podido recuperar el precioso turbante, se dudaba todavía de si había sido asaltado por un animal feroz o por salteadores que, para ocultar mejor su fechoría, hubiesen mutilado horriblemente su cuerpo.

»Ahmed ignoraba todo aquello. Se enteró del domicilio de su amigo, y después de haberle abrazado le relató sus maravillosas aventuras. Le mostró los regalos del mono y del león y le preguntó qué manera sería la más ventajosa para deshacerse de las piedras preciosas del turbante. Al momento conoció Rustam que aquel turbante era el del príncipe y en el fondo de su alma sintió inmensa alegría por tal acontecimiento que le hacía concebir la esperanza de recobrar los favores del rey. Supo ocultar su maligna alegría, y dijo a su huésped:

»—Come y bebe, mi querido amigo. Mientras tú descansas, un poco, voy a llevar el turbante a algunos joyeros y sabré cuánto dan por estas piedras.

»Ahmed hizo aquello que deseaba Rustam : comió, bebió, y se acostó. En cambio, Rustam corrió a presentarse al rey con el turbante :

»—Señor—le dijo—, he descubierto a uno de los que han matado a tu hijo, y he aquí el turbante. Reconozco estas piedras compradas por mí mismo cuando tenía el honor de estar junto a tu trono.

»Luego comenzó a deplorar la desgracia

acaecida al príncipe con el acento más lastimero con que pudo hacerlo. En su farsa vertió tan abundantes lágrimas y sollozó tanto que el rey conmovido le agradeció su descubrimiento y hasta crevó le había degradado injustamente cuando ovó que hablaba de su hijo con tal desconsuelo.

»El rey envió en seguida soldados a casa de Rustam, para que encadenaran a Ahmed, que todavía estaba durmiendo, y le llevaran ante su presencia:

»-Malvado-le dijo-, ¿cómo te has atrevido a cometer semejante crimen? Has asesinado a mi pobre hijo. ¿ Quienes son tus cómplices?

»El pobre Ahmed, cuya conciencia estaba tranquila, quedó sobrecogido. Pero cuando vió el turbante al lado del trono; cuando vió a su pérfido amigo que le miraba, con risa sardónica, quedó tan espantado que comenzó a temblar; su lengua se inmovilizó, y sus ojos miraron fijamente al suelo.

»El rey creyó ver en estos síntomas una muda confesión del crimen y dijo:

»—Pasead a este malvado sobre un asno por las calles de la población. Que le preceda un heraldo y que proclame su fechoría; luego arrojadle en un profundo calabozo. Y cuando haya recibido sepultura el cadáver de mi hijo, el criminal terminará con su vida entre las más espantosas torturas.

»Las órdenes del rey fueron cumplimentadas inmediatamente. Ahmed fué entregado a toda clase de insultos del populacho. Luego le metieron en un calabozo, donde pasaba todo el tiempo suspirando y deplorando su buena fe. Ya le pesaba haberse confiado al traidor Rustam, y no esperaba alcanzar más que una muerte ignominiosa, cuando la serpiente, que estaba ojo avizor sobre su amigo, apareció a su lado:

»—¿ No te advertí que este hombre es un malvado y que te devolvería mal por bien?
—le dijo—. Pero prometí que te ayudaría



...que estaba ojo avizor sobre su amigo...

cuando fuera preciso, como tú hiciste conmigo, y he aquí que cumplo mi palabra. Toma esta hierba. He hecho una herida mortal a la querida esposa del rey. Esta hierba es el solo remedio que podrá sanarla. El rey, que está sufriendo mucho con todo esto, te recibirá con agrado; pues en toda casa reciben a quien es indispensable en ella.

»Ahmed, viendo su pellejo en peligro supo apreciar los sabios consejos de este prudente animal. Tan pronto como se supo en la corte que el preso Ahmed conocía hierbas para combatir el veneno de las serpientes fué llevado sin tardanza a presencia de la reina. Aplicó aquella hierba sobre la herida y la esposa del rey sanó totalmente en pocos momentos

»Tan pronta curación puso al rey en el colmo de la alegría. Ahmed aprovechó tan oportuno momento para decirle:

»-Señor, la reina, tu augusta esposa, ha sido librada de los crueles dolores que sufría,

y mi mano ha sido quien le ha salvado la vida. Yo, en cambio, voy a perder la mía de un momento a otro entre las más terribles torturas sin merecerlo. Muy justo eres tú, señor, para hacer que perezca un inocente. Yo no soy quien ha matado a tu hijo. Rustam, mi acusador, me ha hecho víctima de una horrible traición: perdiéndome espera recobrar tus favores de que ya no goza por su infidelidad.

»Entonces le refirió todas sus aventuras, desde la del foso hasta el momento aquel en que el rey estaba ante él.

»El rey era una persona verdaderamente justa y envió a buscar al infame Rustam. Este acudió presuroso; creía que el rey le iba a recompensar por su descubrimiento. Mas tan pronto como vió a Ahmed junto al trono palideció.

»—¿Te sacó este hombre de un foso en que estabas con tres animales?—le preguntó el rey.

»Rustam, sin atreverse a mentir, respondió: »—Sí. señor.

»—¿Le has pagado su bienhechora acción con alguna prueba de agradecimiento?-continuó el rev.

»-No, señor-musitó el ingrato.

»—¿Le has acogido en calidad de huésped en tu casa y ha comido contigo?

»A esta pregunta Rustam guardó silencio. El rey prosiguió:

»—; Contesta, monstruo! ¿Tienes el cinismo de acusar a tu libertador, al que hospedas en tu casa, de una enorme fechoría para echar un tupido velo sobre tus vilezas? Tú envenenaste a mi hijo con tu aliento impuro, y si no te impuse la pena que merecía tu infidelidad es porque antes de depositar mi confianza en ti debía haberme informado de tus fechorías. Pero ahora que soy juez en un asunto de otra persona, haz, visir, que este infame sea paseado por las calles de la ciudad; que su vileza sea proclamada por un heraldo y cuando el pueblo le haya escarnecido lo suficiente, que sufra una muerte lenta en una prisión. A este extranjero, por el contrario, entrégale ricos presentes, condúcele sobre mi elefante blanco por los sitios más frecuentados de mi capital y haz proclamar, ante él, que el rey honra de tal manera su demostrada inocencia.

»Así habló el equitativo monarca. El visir cumplimentó sus órdenes al pie de la letra. Rustam murió en prisión, y Ahmed volvió a su patria, rico, satisfecho y convencido, de la misma manera que el rey, de que nadie debe confiarse a otro sin conocerle, así como tampoco debe tener uno amistad con un ser desacreditado por su conducta anterior.»

—Señor—dijo el visir—, esta es mi historia. Que te sirva de consejo y, si mi experiencia no te basta cree en el testimonio de estos agradecidos animales.

V

EL PASTORCILLO

Abbas el Grande, rey de Persia, habiéndose adelantado a su visir, yendo de caza, vió que un pastorcillo tenía la flauta bajo un árbol en tanto que pacía su rebaño por las laderas de una montaña. Los sonidos melodiosos del instrumento llamaron la atención del monarca y se aproximó. Habiéndole agradado la ingenua fisonomía del jovenzuelo, le interrogó sobre diversas cosas y las contestaciones que daba aquel encantador hijo de la naturaleza, sin titubear y con tanta precisión, acabaron de ganar el corazón del soberano. Estaba Abbas reflexionando sobre este encuentro en el momento en que ya le alcanzaba su visir.

—Visir—le dijo el monarca—, dame tu parecer sobre este joven.

El rey continuó interrogando al joven pastor y éste siguió contestando a todo cuanto se le preguntaba. El aplomo en sus respuestas, así como el juicio y la ingenuidad que se advertía en sus palabras tanto predispusieron al rey al visir en su favor, que resolvieron llevarle a la corte cuidándose de que se le diera una esmerada educación para no dejar inculto un terreno tan fértil como era la mente del pastorcillo.

Así como las flores de plantas nacidas en buena tierra, abren pronto su cáliz y se hermosean con los más agradables colores, lo mismo el joven pastor llegó a ser poco a poco, un hombre de mérito. El rey, que cada vez le quería más, le dió el nombre de Ali-Bey y le nombró gran tesorero suyo.

Ali-Bey tenía todas las mejores cualida-

des que puedan concurrir en un hombre. En él se advertian muy buenas inclinaciones, una fidelidad y una prudencia máximas, muy buena voluntad para con todas las gentes, y cuando fué posteriormente el favorito del rey, la humildad más discreta. Pero lo que más le distinguía entre los demás cortesanos era su desinterés. Jamás concedía valor a cuantos trabajos hacía y es que su mayor deseo era hacerse útil a todo el mundo. Sin embargo, con tanto mérito, no se libró de las calumnias de los otros cortesanos que veían su engrandecimiento con secreta envidia. Le tendían toda clase de lazos y se esforzaban de continuo en hacerle sospechoso ante los ojos del rey. Menos mal que Abbas no era un rey vulgar. Las viles sospechas no podían anidar en su gran alma, y así fué como Ali-Bey pudo vivir apaciblemente y bien considerado mientras estuvo al servicio de su generoso bienhechor.

Mas ¡ay! la desgracia no tarda mucho

en manifestarse. Abbas murió y Schah-Sefi. su sucesor, era un monarca completamente distinto de aquél. Desconfiado, cruel, avaro, parecía no estar contento si vivía en dulce quietud. Las calumnias que levantaban a Ali los demás cortesanos parecían hallar eco en sus oídos. Los enemigos del tesorero real esperaban desde hacía tiempo un monarca como Sefi para que surtieran efecto sus calumnias y así comenzaron a echar culpas y más culpas sobre Ali-Bey. En un principio el rey no les hacía ningún caso; pero luego se presentó una ocasión que hizo que las acusaciones casi se convirtieran a la vista del monarca en una realidad.

Schah-Sefi tuvo deseos de ver un precioso sable que el emperador turco mandó como presente a Abbas, pues algunos cortesanos le hablaron de tal arma. Aunque este sable estaba incluído en el inventario de los objetos que poseía Abbas no aparecía por ninguna parte, y Sefi llegó a sospechar que el

tesorero se había apoderado de él. ¡Esto era lo que querían los enemigos de Ali-Bey! A éste le describían todos como al más infame de los hombres y redoblaban las calumnias que contra él lanzaban, diciendo:

—Ha hecho construir un gran número de casas para alojar en ellas a los extranjeros. También ha mandado construir con grandes gastos otros edificios públicos. Llegó desnudo a la corte y hoy, en cambio, posee inmensas riquezas. Su casa está llena de valiosos objetos, y de no robar al tesoro real no podría tenerlos.

Ali-Bey entraba en la estancia del rey en el mismo momento en que sus enemigos una vez más le acusaban de semejante manera.

—Ali-Bey—le dijo el monarca, irritado—, tu infidelidad ya es notoria y te destituyo de tu cargo ordenándote rindas cuentas en el término de quince días.

Ali-Bey, sin inmutarse, pues su conciencia estaba tranquila, pensó que sería peligroso tomarse aquellos quince días para demostrar su inocencia, pues con tanto tiempo tendrían más ocasiones de ensañarse con él sus adversarios, y respondió al rey:

—Señor, mi vida está en tus manos. Estoy dispuesto a poner hoy o mañana ante tu trono la llave del tesoro real y todos cuantos honores me tienes conferidos si te dignas recibir ante ti, a éste tu esclavo.

El rey recibió a Ali al día siguiente y en su compañía examinó el tesoro. Todo estaba en el más perfecto orden; nada faltaba y el tesorero convenció al soberano de que el mismo Abbas había retirado el sable y que con los diamantes que tenía adornó otro objeto, aun cuando no constara así en el catálogo. El rey nada podía objetar a estos razonamientos; mas ¡ ay ! que la desconfianza es cruel y aun cuando se vea claramente su sinrazón no se deja vencer así como así. Entonces el monarca imaginó un pretexto para acompañar al gran tesorero a su vivienda a fin de

ver allí todos los objetos preciosos de que sus cortesanos le habían hablado. Pero su asombro fué grande cuando encontró allí todo lo contrario de lo que esperaba ver. Las paredes estaban cubiertas por tapices sencillos, las habitaciones no contenían más muebles que los indispensables, y el mismo rey vióse obligado a pensar que cualquier ciudadano de una condición modesta vivía con más esplendidez que el gran tesorero de su reino. Avergonzado el monarca por este segundo chasco ya iba a marcharse, cuando un cortesano le mostró al fondo de aquella estancia una puerta cerrada que tenía dos gruesas barras de hierro. El soberano preguntó qué había tras de aquella puerta. Ali-Bey sobrecogióse un instante y enrojeció como abochornado, mas reaccionando en seguida, dijo:

—Señor, conservo en esta habitación lo más querido que hay para mí en el mundo: mi verdadera propiedad. Todo cuanto has visto en esta casa pertenece a mi señor, el rey; todo lo que encierra esa habitación me pertenece a mí: es un secreto mío, y te agradecería no insistas en conocerlo.

El desconfiado monarca creyó ver en esta súplica la confesión de las culpas de Ali-Bey y ordenó imperiosamente que la puerta fuera abierta. La orden fué cumplimentada. Cuatro paredes desnudas, un cayado, una flauta, un traje viejo y un zurrón de los que usan los pastores, fueron los tesoros que se ofrecieron a la vista de todos.

Todos los presentes quedaron sorprendidos y el mismo Sefi se abochornó por tercera vez:

—Gran rey—dijo entonces Ali-Bey, con la mayor modestia—, cuando el ilustre Abbas me encontró por la montaña en donde yo guardaba mi rebaño, estos objetos eran toda mi riqueza. Los he conservado, puesto que son mi única propiedad, como un recuerdo de mi dichosa infancia, y tu magnánimo antecesor, que era muy bondadoso, no me privó



...fueron los tesoros que se ofrecieron...

de ellos. Espero, señor, que tú también me permitirás que los guarde y también me dejarás marchar con este mi tesoro a nuestros apacibles valles, pues en estos era más feliz con mi pobreza, que aquí con la abundancia de tu corte.

Ali-Bey cesó de hablar, y todos los presentes se emocionaron y vertieron abundantes lágrimas. El rey se despojó de sus vestidos y con ellos le cubrió. Tan grande prueba del mayor fervor anuló por completo a la envidia y la calumnia, y éstas jamás se levantaron en adelante contra un hombre de tan nobles sentimientos. Ali-Bey vivió largo tiempo y obtuvo la recompensa que merecía por sus virtudes, esto es: el amor y el respeto mientras vivió, y luego, a su muerte, el más acerbo dolor en cuantos le conocieron. Todos los habitantes de la ciudad asistieron a sus funerales y ha pasado su nombre a la posteridad, llamándole: Ali el noble, Ali el desinteresado.

VI

ALADÍN

Un rico mercader de El Cairo llamado Isseddin tuvo la desgracia de perder toda su fortuna en menos de dos años. Pocas semanas después de haber sufrido la última pérdida murió de pena dejando en la más espantosa miseria a su numerosa familia. Su hijo mayor, Aladín, que aun no tenía diez y ocho años, estaba más acongojado por la suerte adversa de su madre y hermanos, que por la suya.

—Estando aquí no podré hacer nada por vosotros—dijo a su madre—so pena de ser un jornalero y ganar lo más necesario por un trabajo servil. Quiero ir a un país extranjero. ¡ Quién sabe si en tierra extraña me estará reservada una suerte mejor! Aunque esté lejos de aquí, si llego a ser dichoso, madre mía, pensaré en ti y en mis hermanos.

Se despidió de su familia, se unió a una caravana que marchaba a Suez, y llegaba a esta ciudad dos días más tarde. Los viajeros de la caravana al llegar a Suez se dispersaron marchando a sus negocios; en tanto que Aladín sin tener nada que hacer se paseaba triste por la orilla del mar. Una infinidad de mercaderes de la India, de Medina, de la Meca y de la China embarcaban a la sazón sus mercancías. El puerto estaba lleno de barcos de vela que, ya dispuestos, estaban para hacerse a la mar de un momento a otro. La orilla estaba repleta de marineros y cargadores, así como de valiosos fardos. Allí todo era movimiento y trabajo; sólo Aladín iba ocioso de un lado a otro, desconocido

de todas aquellas gentes, con el estómago vacío y sin saber a quién recurrir.

—«Hace pocos años — se decía él — los barcos de mi padre atracaban aquí, cargados de ricas mercaderías de la India».

Y haciéndose estas reflexiones miraba con tristeza el espectáculo que ante él se presentaba, cuando fué sacado de su ensimismamiento por un mercader extranjero. Este llevaba una larga túnica blanca, barba del mismo color que le descendía hasta la cintura y le daba una expresión de respeto.

—Hijo mío—dijo el extranjero—, ¿seré un atrevido si te pregunto cómo te llamas y cuáles son tus ocupaciones?

—Señor—respondió el joven—, me llamo Aladín, y no tengo trabajo alguno. He venido aquí obligado por la necesidad y espero que Dios llame en el corazón de algún sér bienhechor para que me tome a su servicio y me lleve a una tierra extraña, a ver si en ella encuentro abierta una de las mil puer-

tas que la Providencia reserva a los creyentes.

—Yo parto para Dschidda—prosiguió el mercader—y, como por mi edad, necesito un sirviente que hasta allí me acompañe, tú bien puedes aceptar esta plaza. Te daré una piastra por día y todos tus jornales te serán pagados cuando desembarquemos.

Aladín le besó las manos y muy alegre aceptó su ofrecimiento. Como las mercaderías del extranjero ya estaban embarcadas, subieron los dos en seguida a bordo. Las anclas fueron levadas y el barco se deslizó muy pronto por la alta mar, llegando a su destino después de una travesía de veinticuatro días.

Aladín se mantuvo muy bien durante todo el viaje. Cuando desembarcaron, según lo acordado, su señor le pagó veinticuatro piastras.

—Hijo mío—le dijo—: esto te debo por tus servicios. Pero satisfecho de ti, toma este otro dinero: son diez piastras que te regalo. Tu exactitud en el cumplimiento de tus obligaciones, tu celo al prever todos mis deseos, no exigen menos de mi agradecimiento.

También le regaló un vestido nuevo. Y cuando Aladín fué a despedirse de él le tendió la mano, bondadosamente, diciendo:

-Ve en paz, hijo mío.

—Señor—dijo Aladín—, ¡ que esta vuestra bendición me acompañe!

Las lágrimas inundáronle los ojos y su alma acongojóse tanto que no pudo articular ninguna otra palabra y echó a andar caminode la ciudad sin saber qué decisión tomaría.

Se entretuvo en recorrer las calles hasta que, ya aproximándose la noche, vióse obligado a alojarse en una posada. En esta ciudad, situada en medio de una región desienta, todo era muy caro. Tuvo que pagar dos piastras por una comida regular y por un mal lecho. El dinero se le iba insensiblemente y cinco días no habían transcurrido cuan-

do vió con dolor que lo más que le quedaba era una tercera parte de cuanto antes tenía. Todos los días iba dos o tres veces al puerto sin encontrar a nadie que le contratara. Pasaba siempre por delante de aquellos extranjeros que creía le darían trabajo; pero no le preguntaba ninguno si buscaba en qué ocuparse.

Al sexto día volvía triste, después de dos idas al puerto, cuando, a poca distancia de la ciudad, encontró una bolsa que estaba en el suelo. La recogió y pensando en seguida que estaría llena de cequíes (1) la ocultó en su pecho. Aquel lugar era solitario; nadie le había visto. «Ya he salido de apuros», se dijo, apretando el paso, cuando oyó a un hombre que gritaba, diciendo:

—Hombres probos y religiosos: cualquiera de vosotros que haya encontrado una bolsa con mil cequíes, si la devuelve a su dueño recibirá como recompensa cien cequíes.

⁽¹⁾ Moneda de oro antigua, de un valor aproximado a diez pesetas.

Cien cequíes. poseídos legalmente, se dijo Aladín, valen más que mil hurtados. Al que comete una injusticia más tarde le remuerde la conciencia. ¿Qué alegría podría yo tener con una fortuna que será acaso la ruina de otro? ¿Quién puede soportar la maldición de un desventurado? No; yo no quiero que me maldiga nadie.

Llegóse pues al que voceaba y preguntó quién había perdido aquel dinero.

- -¿Por qué me preguntas esto?-le dijo el otro.
- —Porque he hallado la bolsa—continuó Aladín—y la devolveré a quien acredite ser su dueño:
- —En verdad—dijeron los que tal cosa presenciaron, al ver a Aladín seguir al pregonero—he aquí un hombre como hay pocos; una probidad igual no suele verse hoy en día.

El pregonero condujo a Aladín a una gran casa. Entraron en una pequeña antecámara en donde un hombre delgado estaba sentado ante varios libros de cuentas que hojeaba.

—Señor—dijo el pregonero—, aquí está quien ha encontrado el dinero.

A estas palabras el anciano se volvió lentamente, miró a Aladín con ojos desmesuradamente abiertos y le preguntó si era él quien lo había hallado.

- -Sí, señor-dijo Aladín-, yo he sido.
- —Pero querrás que te diga cómo es la bolsa para cerciorarte de que es mía—continuó el anciano.
- —No, señor respondió vivamente Aladín—. A un señor tan respetable como vos no se le hace eso; tomad la bolsa.
- —Dios te lo pague, hijo mío—dijo el viejo, cogiéndola y colocándola a su lado.

Luego se puso otra vez a hojear los libros.

Aladín continuó en pie, inmóvil y mudo, y el anciano, que levantó una vez la cabeza por casualidad, al verle allí le preguntó qué esperaba.

-Señor-dijo Aladín-, el pregonero ha



...aquí está quien ha encontrado el dinero-

prometido cien cequíes al que devolviera la bolsa; y espero a que cumpláis la palabra.

-Eso sería lo justo-respondió el anciano-; pero esos mil cequíes pertenecen a una familia arruinada que ha vendido su patrimonio. Si te contentaras con la mitad de la recompensa ofrecida...

—Sí; también me contentaré con eso—dijo Aladín.

El anciano, en vez de pagarle volvióse a hojear los libros.

—Ahora he visto—continuó él después de algunos instantes—que este dinero es de unos menores y pagando las deudas de su padre apenas les quedará la mitad. ¿No te conformarías con diez cequíes tan sólo?

—También me conformo con eso—dijo Aladín.

El anciano continuó mirando los libros, y luego exclamó:

—Acabo de calcular que si cada uno de los cinco menores recibiera cien cequíes, que es muy poca cosa para un huérfano, no quedaría para ti más que un cequí. ¿Te contentarías con él?

-Sea-dijo Aladín-, me contento.

El anciano se acarició la barba, miró al techo y exclamó:

—¡ Qué mala memoria tengo! Ahora recuerdo que también se necesita un cequí para el pregonero. ¡ Si quisieras cederle el tuyo y agradar a tu conciencia con una buena acción...!

—Así lo quiero—dijo Aladín—. Será lo mismo para mí que si no hubiera encontrado la bolsa.

—Ve en paz—dijo el anciano, levantándose y posando su mano derecha sobre la cabeza de Aladín—: conserva estos nobles sentimientos y en todas partes serás dichoso.

Aladín se marchó tan contento como si hubiera ganado mil cequíes. Regresó a la posada y tomó un poco de alimento por una de sus últimas cinco piastras sin pensar en lo mucho que había gastado en un instante. «Y si aquí sufro privaciones, se decía, siendo extranjero y no conociéndome nadie ¿por qué no trabajo a jornal ya que no cuento con otros recursos?»

Pero una suerte mucho mejor le estaba reservada. El extranjero que le había llevado de Suez y que se llamaba Kraen Olnas era un rico mercader indio. En seguida se había tomado interés por Aladín, aunque, naturalmente, antes quería saber si era merecedor de su protección. Kraen Olnas tenía en esta ciudad un rico almacén del que estaba encargado Halil, el más fiel de sus servidores, y que entre toda la gente pasaba por ser él el propietario. El mercader mandó que observaran a Aladín e informado de que iba todos los días al puerto, encargó a uno de sus esclavos que depositara una bolsa sobre el camino. Su fiel Halil era el hombre delgado que había sometido a una prueba tan delicada la paciencia y la generosidad de Aladín. Kraen Olnas también había estado presente en aquella ocasión, aunque oculto para que Aladín no se diera cuenta, y después de haber hecho ya la prueba con el joven se decidió a tomarle bajo su protección.

Aladín estaba ensimismado aún con sus reflexiones, cuando Halil se presentó ante él.

- —Hijo mío—le dijo—, ¿me quieres decir quién eres y qué buscas aquí, si no es indiscreta la pregunta?
- —Soy egipcio—respondió el joven—y busco trabajo en una casa de comercio o en cualquier otro sitio.
- ¿Entiendes de asuntos comerciales?— preguntó Halil.
- -Estoy acostumbrado a ellos desde niño; y si algo desconozco bien pronto lo aprendería a fuerza de trabajo.
- —Si quieres entrar a mis servicios—prosiguió Halil—no tienes más que seguirme. No te impondré condiciones. Tú serás mi amigo;

te pondré al corriente en mis negocios, y yo me encargo de tu porvenir.

Aladín miró a este hombre como a un ángel enviado por la Providencia para sacarle de apuros y sin titubear le siguió hasta su casa.

Halil fué para su amigo lo que un padre es para sus hijos. De día trabajaban juntos en el almacén y por la noche Halil relataba a Aladín todos los viajes que había hecho. La facilidad que tenía el joven para comprenderlo todo, y más que nada su afectuosa abnegación le hicieron ser cada vez más querido por el anciano.

Cerca de dos años habían pasado así cuando Halil dijo un día:

—Mi querido Aladín, es preciso que te abandone. Hay un asunto que vengo aplazando desde hace algún tiempo por el cariño que te tengo; y me veo obligado a ir a las Indias para resolverlo, siendo necesario que te abandone. No sé lo que me aguarda

> BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

en una ausencia tan larga como ha de ser ésta, ni tampoco sé si volveré a verte: el hombre es débil y está sujeto a mil percances. No tengo más amigo que tú, y como prenio a la fidelidad que hasta ahora me has testimoniado, quiero hacerte mi heredero. Yo partiré más tranquilo cuando vea tu porvenir asegurado.

Aladín se echó a sus pies y llorando le suplicó que no se marchara.

—Déjame a mí que haga este viaje; yo soy joven y soportaré mejor los peligros del mar, y en llegando allá haría todo tan bien como si lo hicieras tú mismo.

Pero Halil permaneció firme en su resolución. Ambos fueron juntos a casa del cadí (1), donde Halil depositó un testamento por el que nombraba a Aladín heredero de todos sus almacenes para el caso en que muriera durante el viaje. Al día siguiente em-

⁽¹⁾ Juez en asuntos civiles.

barcaba y Aladín le acompañó hasta el mismo barco. Por última vez se abrazaron.

—Aún se me olvidaba decirte algo—exclamó Halil, con un tono misterioso—.

Mira: en los cuatro rincones de nuestro almacén grande, encontrarás escondidas cuatro urnas. En cada una de ellas hay cuatrocientos mil cequíes. Este tesoro pertenece a un mercader indio llamado Kraen Olnas y que lo depositó allí hace algunos años. Si en mi ausencia él volviera y pidiera su dinero entrégaselo sin la menor dificultad y trátale como a mi mejor amigo.

El barco partió. Aladín envió desde la orilla uno y mil adioses a su bienhechor, y siguió a la embarcación con la vista mientras pudo divizarla.

En vano esperó noticias de su señor por espacio de cuatro meses. Interrogó a todos los marinos que venían de las Indias; pero nadie le había visto ni nada sabían de él hasta que al fin volvió el barco en que Halil se marchó con la noticia de que había muerto poco después de su llegada a Surá. Aladín no lo creyó hasta el momento en que el capitán le devolvió todos los efectos que su señor llevaba. Lloró la muerte de su buen amigo como la de un padre. Todos los días hacía cerrar bien el almacén en que debían estar las urnas sin mirar jamás para convencerse de si era verdad que estaban allí. En general se conducía como si fuera el administrador de los bienes de su amigo; pues los conservaba y acrecentaba con el mismo celo que si tuviera que rendir cuentas aquel día o al siguiente. Sin embargo, Halil no había muerto. Su viaje había sido convenido con Kraen Olnas para saber si Aladín conservaría en la prosperidad la probidad y la gratitud que le caracterizaban cuando era pobre.

Aladín envió a El Cairo una bolsa con quinientos cequíes para su familia; pero el dinero le fué devuelto con la noticia de que la familia de Isseddin había abandonado aquella ciudad un año antes sin saberse adónde había ido a parar. Pensó que la miseria tendría la culpa de que su familia hubiera tomado tal determinación, y se proponía ir él mismo a su patria para buscarla, cuando hallándose un día en su almacén grande vió que entraba un venerable anciano. Parecía extranjero. Llevaba una larga túnica blanca y una larga barba plateada. Miró con curiosidad en derredor suyo y salió, se alejó algunos pasos, luego volvió e hizo como la primera vez.

—Respetable anciano — le dijo Aladín, cuando volvió por tercera vez—, ¡ con qué atención miras a mi almacén! Se diría que buscas alguna cosa.

El extranjero, sin contestar a aquello, se contentó con decir a Aladín que contaba con él para cenar, si accedía gustoso a ello.

-Tú eres el bienvenido-respondió Aladín-: mi casa está abierta para todos los extranjeros, por la poderosa razón de que me honran mucho con acogerlos.

El extranjero le saludó amistosamente y salió. «Me parece, se dijo Aladín, que yo conozco a este hombre. ¿Estaré equivocado? Su manera de andar, su estatura, sus gestos son los mismos que los del mercader que me trajo de Suez. ¿Cómo he podido olvidar quién es?».

Echó a correr para alcanzarle; pero el extranjero ya había desaparecido.

Halló el tiempo tan largo que cerró el almacén antes de la puesta del sol, para hacer él mismo los preparativos necesarios para recibir a su huésped. Cuando le vió llegar corrió a su encuentro, le besó la mano con respeto, le llamó bienhechor suyo y autor de su fortuna, y vertió lágrimas de contento. El anciano se enterneció. Abrazó a Aladín, le llamó su querido hijo, y preguntó cómo le había reconocido tan pronto, después de tres años y tan envejecido como estaba.

—¿Cómo me iba a olvidar de mi bienhechor?—exclamó Aladín—. ¿Cómo iba a olvidar a quien ha puesto el fundamento de la prosperidad de que ahora gozo?

Después le refirió sus aventuras desde que se separaron y lloró amargamente al recuerdo de la bondad y de la muerte de su anciano amigo Halil.

—Si al menos hubiera muerto en mis brazos—dijo Aladín — hubiera podido cumplir en él con los últimos deberes de un hijo; pero ha muerto en tierra extraña, acaso abandonado y sin un amigo que le haya consolado.

El buen anciano no podía contener sus lágrimas oyendo hablar a Aladín; le apretó la mano rogándole que no se afligiera tanto.

—Bastante he conocido yo a tu virtuoso amigo—le dijo—; también lo era mío y por esta razón te vuelvo ahora a ver. Yo venía aquí todos los años para vender a mercaderes egipcios mis mercancías de la India. Yo

soy muy conocido aquí; me llamo Kraen Olnas.

—¡ Cómo!—exclamó Aladín—. ¿Tú eres el mejor amigo que tenía mi señor? Ese es el nombre que él me dijo. Así pues: también en su nombre sé bien venido a mi casa. El me confió tu secreto; y lo encontrarás tal y como él lo dejó. Siempre he cerrado muy bien el almacén; y nunca he intentado tocar el tesoro oculto ni por curiosidad siquiera.

—Aladín no puede portarse mal—dijo el venerable anciano, bajando la vista, mientras de sus ojos salían secretas lágrimas. Tú has conservado los nobles sentimientos que aprecié en ti desde el primer momento.

Después de una breve pausa prosiguió el anciano:

—Mi querido hijo, ¿querrías concederme un favor que quisiera pedirte?

Luego se calló de nuevo.

-Mande mi señor a su siervo-dijo Ala-

dín—; todas mis facultades están a su disposición.

—Yo comienzo—prosiguió Kraen Olnas—a sentir el peso de los años; aspiro al descanso y quisiera pasar en paz los pocos días que aun me quedan. No tengo un hijo para que se ponga en mi puesto, y si no encuentro alguien que pueda hacerse cargo de todos mis asuntos no veo medio de librarme de un peso tan grande. Acompáñame a Surá que es mi patria, mi querido Aladín. Si la consideración y la riqueza pueden premiar tus cuidados, te doy palabra de que estarás contento del anciano Kraen Olnas.

—¿Qué no haría yo para probarte mi cariño y mi agradecimiento?—dijo Aladín—. El solo hecho de complacerte en tus deseos es una gran recompensa para mí.

Aladín embarcó sus mejores mercancías. Envió también ricos presentes al cadí de El Cairo, rogándole indagara el paradero de la viuda e hijos de Isseddin y encareciéndole les remitiera la bolsa de mil cequíes que adjuntaba a su envío. Kraen Olnas encontró las cuatro urnas intactas. Ambos marcharon a bordo y después de una corta travesía llegaron a Surá.

Aladín pensó que entraba en el palacio de un rey cuando el indio le introdujo en su casa. Por doquiera reinaban la riqueza y el lujo. La dignidad de schahbender o gran juez de mercaderes, de que estaba investido Kraen Olnas, le concedía el primer puesto entre los mercaderes de la ciudad. El aprecio general que se le testimonió a su llegada y el gran comercio que tenía con todas las regiones de la India convencieron a Aladín de que el anciano no habría hablado en vano cuando le prometió riqueza y consideración.

Habían ya pasado unos dos meses cuando el indio le dijo un día:

-Ven, hijo mío. Ya es hora de que te enseñe mi más precioso tesoro; el que para mí es mucho más preciado que todos los demás.

Le condujo a un salón muy bien adornado y dejó a Aladín allí solo, mientras él entraba en una habitación contigua. Unos instantes después la puerta volvió a abrirse y Kraen Olnas entró con una mujer joven.

—Es mi hija única, Hossun—dijo el indio—. Deseaba conocer al noble amigo de su padre y yo no he querido negarle esta satisfacción.

La bella Hossun acogió con agrado a Aladín y le dijo que él era el hombre más generoso de que había oído hablar en su vida, y al mismo tiempo le suplicó no tomara a mal su curiosidad.

Aladín quiso contestarla; pero no pudo más que balbucir unas palabras. Se sentaron en un sofá y la hermosa Hossun le obsequió con frutos. Ella llevaba un cafetán azul sujeto por un cinturón de plata. Sus cabellos caían en largos bucles y cual si fueran tenues nubecillas, flotaban en derredor de su cabeza a cada movimiento que ella hacía. Al acabar de comer un esclavo llevó a Hossun el arpa y ella, acompañándose, cantó unas estrofas sobre dos amigos que después de estar juntos ya no quieren separarse. Luego se levantó, hizo la reverencia, y volvió a marcharse.

-Esta hija, mi querido Aladín, es la única joya de mi vejez. ¿Qué me quedaría por desear si pudiera encontrar para ella un joven tan distinguido como tú?

Aladín cayó de rodillas, apretó contra su boca la mano del anciano y balbució que él no merecía tanta bondad. El anciano le abrazó tiernamente, y dijo:

—Heme satisfecho; ya veo cumplido mi último deseo.

Al siguiente día los mercaderes de Surá, siguiendo la costumbre, se hallarían reunidos en la cámara de justicia de Kraen Olnas, y, Aladín, junto con ellos.



...acompañándose, cantó unas estrofas.

Cubierto con sus más hermosos vestidos, entró con aire modesto y besó la mano de todos los presentes. Kraen Olnas le preguntó con qué objeto acudía a su asamblea. Aladín, como ya estaban acordes, respondió:

—Respetable schahbender: vengo para rogar humildemente a los miembros de esta noble asamblea tengan a bien apoyar la petición que me atrevo a hacer públicamente de la hija de mi señor, el venerable schahbender. ¡Que mi señor se digne confirmar las numerosas bondades que sobre mí ha derramado con esta tan grande prueba de benevolencia y que de su agradecido amigo Aladín haga su afortunado yerno!

Guardando silencio Kraen Olnas y pareciendo reflexionar, toda la asamblea se puso unánimemente a interceder en favor de Aladín.

—¿Por qué—preguntaron los concurrentes—el respetable schahbender medita para acceder a la súplica de Aladín? En su nombre te suplicamos, hagas justicia a sus merecimientos y que le aceptes por yerno tuyo.

Kraen Olnas no esperaba más que esta intercesión; así pues respondió bien pronto:

—Yo me regocijo al ver mi elección aprobada por esta noble asamblea. Además, no he de ocultar que desde hace mucho tiempo quiero a Aladín como si fuera hijo mío, por su discreción, dulzura y nobles sentimientos. La intercesión de un número tan grande de amigos me prueba que he juzgado bien. Por tanto yo le acepto por yerno mío y doy gracias de todo corazón a todos los presentes por su benévola intercesión.

Los allí reunidos felicitaron al anciano y al joven. El cadí fué llamado y el matrimonio confirmado por testigos presenciales.

Kraen Olnas dió una gran fiesta, y, cuando ésta se terminó, un anciano entró en el salón acompañado de cinco niños que llevaban los regalos de boda. Aladín reconoció en el anciano a su amigo Halil y en los ni-

ños a sus cinco hermanos. Kraen Olnas, algún tiempo después de la prueba hecha a Aladín con la bolsa perdida, envió un barco a Egipto e hizo que la familia de Isseddin, para la que tuvo todos los cuidados de un padre, marchara a la India. La madre vivía en el harén de su hija y los niños aprendían de negocios. Aladín se arrojó en los brazos del anciano Halil y lloró contra su pecho. Abrazó a sus hermanos y les preguntó si vivía su madre. Cuando vió claramente, al fin, a quien debía toda su dicha, miró algunos instantes a Kraen Olnas con asombro; luego se abrazó a sus pies llorando, sin poder proferir una sola palabra de tanta alegría comorebosaba su corazón. Todos los presentes parecían estar bajo la influencia de un poder divino, y todos pensaron que no hay felicidad superior a la nacida de las buenas obras v de la gratitud.



